

TEATRO

por gonzalo torrente ballester

SHAKESPEARE, LEHAR Y UNA CHICA DE HONG-KONG

PUES, si: Shakespeare, Franz Lehar y una chica de Hong-Kong llamada Suzy fueron las novedades teatrales de la semana, bien entendido que usamos el término «novedad» en el sentido más estrictamente profesional, que, en el caso presente, quiere decir lo contrario de lo que parece. La aventura de la chinita de Hong-Kong la hemos visto varias veces, la hemos leído otras tantas, y hace tiempo que ha perdido para nosotros todo interés, ya que del viejo esquema «ramerilla redimida por amor» los autores teatrales han dejado de sacar agua viva. Podía, en este caso, haberse lucido el director de escena; podía haber montado un espectáculo exótico que supliese con su vistosidad y fidelidad la falta de interés de los personajes y de la historia; pero la versión que se nos dio de «Hong-Kong la nuit» fue pobre y empapelada. Nos queda en el recuerdo la voz de Nuria Torray, a quien «Irma la Dulce» dio mejor ocasión de lucir sus facultades que la china Suzy Wong.

Esto fue el viernes. Días antes nos había sorprendido, en la Zarzuela, el fabuloso decorado de Burmann para el primer acto de «La viuda alegre»: es de las cosas mejores que se han visto por aquí en los últimos tiempos. Esas casi aéreas estructuras de madera, o de junco, predisponen favorablemente al espectador, que se deja meter de grado en el mundo de la opereta, y que allí continuaría si algunas cosas menos acertadas no le empujasen a marcharse. Creo que si hay algo por lo que la opereta se salve, es por su finura, por su elegancia. Alfonso Paso ha pensado, sin duda, que, como el público actual no es tan finolis como el de «la belle époque», hay que echarle carne gruesa para que se entretenga. De todos sus aditamentos, el único que he reído con ganas es aquello de «En España, esas cosas están difíciles...». Es una frase oportuna en que se cumplen las condiciones óptimas del chiste.

José Tamayo hizo un montaje lujoso, vistoso, casi un derroche. Hay momentos muy felices, como el vals que inicia la opereta y, sobre todo, el can-can, que fue bailado con brio, gracia y desparpajo, y con tal acierto coreográfico, que uno olvidaba de corazón las condenaciones caídas sobre

el famoso baile. Tiene, además, la ventaja de que, mientras se baila, la orquesta no tapa las voces, como sucedió bastantes veces durante las actuaciones de Ana María Olaria y de Barbará. Quienes cantaron bien y, sobre todo, actuaron como buenos cómicos.

Queda ahora el cantar, tan difícil, de Shakespeare. Shakespeare se nos ofreció en función nocturna y sabatina, como un aquelarre. El texto castellano es del poeta José Hierro, y por el texto hay que empezar. Comprendo que traducir a Shakespeare no es ninguna broma, y que resulta extremadamente difícil hallar en el lenguaje castellano, tan rotundo y concreto, equivalentes eufóricos a los «leves maullidos displicentes», pero cargados de poesía inmaterial, del dramaturgo inglés. No se trataba, además, de una versión «para leer», sino para representar, y, en tal caso, la infidelidad es el único criterio válido, y su primera misión, la poda de adjetivos. Cuando todos los sustantivos van escoltados de un adjetivo, el resultado teatral suele ser desastroso: da inevitablemente la impresión de retórica falsa. De todas suertes, como muchos adjetivos no pueden honradamente suprimirse, creo que al director de escena —en este caso Cayetano Luca de Tena— le correspondería la tarea bastante ingrata de quitarles énfasis, de sustituir el imponente sol-mayor por un modesto do-sostenido-menor. Con esto, y con una concepción levemente irónica, con una mayor rapidez en la elocución y en la acción, pudiera haberse dado de «La tempestad» una versión más ágil, más teatral y, a la postre, más poética. Al ensueño le va muy bien la ironía, y en los tiempos que corremos, en que las hadas y los elfos van camino de desaparecer del todo, expulsados de la realidad por los aparatos electrónicos, la única manera de soportar a uno de esos deliciosos seres es cuando se burla de sí mismo.

Tras lo cual, no hay más remedio que reconocer los restantes méritos de la versión y del montaje: un castellano limpio, un verso dúctil y sin un solo rípi; unos efectos sonoros sorprendentes, que hicieron de la isla un verdadero milagro musical; varios efectos plásticos muy acertados, y las voces de Carmen Bernardos y de Maite Blasco.

“limmitese” con LIMMITE

soy otra desde
que limité mi peso:
ligera, alegre, elegante!
“Limmitese”
usted, también.



ADELGACE COMIENDO GALLETAS LIMMITE



Compruebe en sólo unos días lo que LIMMITE hace con su línea. Emplece hoy mismo. Lo único que tiene que hacer es comer galletas, pero comer únicamente galletas LIMMITE. LIMMITE contiene nutritinas y su fórmula es inofensiva. LIMMITE es el sustituto científico, perfectamente equilibrado, de la comida. Hace perder peso gradualmente y sin hambre.

CONSULTE A SU MÉDICO • PIDALO EN SU FARMACIA
RIGURISIMAS GALLETAS LIMMITE EN DOS SABORES

ES UN PRODUCTO

